

*Dos días con
Himmler*

Léon Degrelle



editorial Kamerad



Dos días con Himmler

Léon Degrelle

Dos días con Himmler

Entrevista a Léon Degrelle, líder del rexismo belga.

¿Cómo le recibió Himmler?

Himmler me esperaba al pie del vagón. Me abrazó. Resultaba sorprendente después de la larga pelea que había tenido con el General Berger, su colaborador más importante.

“Mi querido Degrelle...”, me dice sonriendo, “...todo está olvidado.”

Yo sonrío, claramente menos que él: *“¿Qué es lo que está olvidado, Reichsführer?”*

Más bien desconcertado, se explica: *“¡Ah! Que usted estaba contra nosotros durante la neutralidad belga.”*

Me corresponde explicarme: *“Yo no estaba ni contra ustedes ni a favor de ustedes. Yo era neutral. El interés de mi pueblo era quedar fuera de la guerra. Yo no tenía deberes más que para él. Por tanto, no hay nada que olvidar.”*

“Bien, bien...”, asiente, “Está bien; ustedes se incorporan a las Waffen-SS.”

Siento que voy a explotar: *“En absoluto, Reichsführer. No nos incorporamos a las Waffen-SS. ¿De dónde ha salido esa historia? Con el General Berger he tenido diez días de conversación tensa. Mire, ahí está, pregúnteselo. La conversación fracasó completamente e incluso nos hemos enfadado. No podemos entrar así a ciegas en las Waffen-SS. Hay que sopesar y equilibrar semejante decisión.”*

Luego, bruscamente, tuve una idea feliz. Miro a Himmler directamente a sus ojos: *“Reichsführer, usted no conoce a mis soldados. ¿Por qué no viene a verles? Son unos tipos formidables.”*

Himmler quedó sorprendido. *“Pues sí; en el fondo es una buena idea. Berger, ¿tengo esta semana tiempo libre? ¿Mañana? ¿Dice que sí? Entendido. Partiremos esta noche.”*

Las posiciones ya habían cambiado completamente. Era yo quien llevaba a Himmler a la grupa.

Tras esos cambios de impresiones pasamos a almorzar. Habían sido invitados una veintena de generales, evidentemente para impresionar al pobre visitante belga. Himmler incluso había invitado a Bormann. Así es cómo le conocí. No era en absoluto el hombre súper-importante que se ha descrito a las masas después de la guerra. Más bien era el adjunto discreto, con aspecto de cantinero. En absoluto fue el árbitro que disponía del porvenir del mundo.

¿Cómo colocarse en la mesa? Inmediatamente me arrellané a la derecha de Himmler, para dar a entender bien a todos aquellos generales que yo era un caudillo político, y que era más importante ser el portavoz de un país que llevar entorchados. Los militares deben servir a la política de un pueblo y no mandarla.

A las seis o siete de la tarde subíamos al tren.

¿Cómo transcurrió ese viaje?

El tren especial de Himmler, como el de Hitler, en el que iba a pasearme después alguna vez a través de Europa, era todo un mundo: amplio salón de conferencias, comedor, dormitorios, sala de secretarías, sala de radio, sala de estenografía, sala de teléfonos, cocinas, dormitorios del personal. Se podía telefonar a cualquier sitio de Europa.

En esta atmósfera me encontré inopinadamente cara a cara con Himmler, el número dos del III *Reich*. Estaría con él un buen número de horas, puesto que teníamos que recorrer la Prusia Oriental y toda Polonia antes de llegar a nuestro campamento.

Pasamos a la gran mesa de reuniones. El combate iba a comenzar. El hombre que tenía frente a mí apenas le conocía, pues era la primera vez en mi vida que me veía con él. Conocía personalmente a Hitler desde 1936, pero Himmler, de quien verdaderamente dependía en aquel momento nuestra suerte, era para mí, en el fondo, un desconocido. Y un desconocido de un poder temible, puesto que las *Waffen-SS* del frente - que no hay que confundir con unos miles de policías SS que guardaban los campos de concentración -, esas *Waffen-SS*, estaban adquiriendo unas proporciones gigantescas e iban a convertirse en el verdadero motor de la nueva Alemania o, más exactamente, de la nueva Europa.

Himmler era un hombre que parecía bastante desmedrado. Tenía ojos pequeños y parpadeantes, de miope. Unos carrillos magros. Nariz pálida. No era precisamente un modelo de fortachón. Uno se preguntaba qué pasaba detrás de sus lentes. Acompañado por el grueso General Berger - mudo como un mamut congelado -, Himmler estaba allí, justo delante de mí, agradable y temible.

Yo iba a jugar a fondo. Porque en la vida hay que jugar a fondo. Hay que saber lo que se quiere; si no, no vale la pena. Ahora bien, lo que yo quería era, evidentemente, lo contrario de lo que deseaban los Berger y compañía, que trataban de que los miles de voluntarios belgas pasasen incondicionalmente bajo las órdenes de un mando de las SS, al igual que las demás unidades de las *Waffen-SS* europeas, y tal como la legión flamenca, incorporada en agosto de 1941.

¿Puede contarnos más en detalle esa negociación que tuvo con Himmler?

La gran discusión comenzó inmediatamente.

Tanto a Hitler, que se mantenía al corriente por teléfono, como a Himmler, plantado ante mí y todo sonrisas, les iba a presentar inmediatamente nuestras propuestas, que en realidad eran condiciones.

Para mí había una cosa clara: nosotros, los combatientes belgas del frente del este, nos considerábamos representantes de nuestro pueblo. Y en eso yo sabía que estaba en la línea exacta de la doctrina hitleriana. En la concepción hitleriana del poder político la base de todo era el pueblo. No los partidos. No los bancos. No las pequeñas combinaciones. Sino la gran realidad carnal que es el pueblo. En consecuencia, cuando gané la partida, Hitler me dio la razón hasta tal punto que me reconoció como *Volksführer*, es decir *caudillo del pueblo*.

Entonces, sin rodeos vanos, le dije a Himmler lo que diría después personalmente a Hitler, y repetiría a los alemanes hasta el momento en que todo se puso en orden: *“Mientras nuestro pueblo no esté integrado en la comunidad europea como pueblo igual y libre, no podemos hacer concesiones, y debemos cerrarnos en banda sin ceder nada de lo que somos.”*

Esto era algo tremendo. ¿Cómo reaccionó Himmler?

Himmler empezó por decir que, evidentemente, era preciso que, como en todas las unidades de las *Waffen-SS*, tuviésemos un mando alemán.

“Imposible, al menos por el momento”, le respondí. *“Cuando la gente de mi pueblo*

ejerza tareas de mando en las grandes unidades militares alemanas, cuando dos o tres gobernadores originarios de mi pueblo dirijan provincias alemanas convertidas en europeas, cuando ministros procedentes de mi comunidad popular tengan en sus manos uno o dos ministerios de una Europa unida, entonces sí se podrá hablar, y con el mayor placer, de interdependencia, de compenetración, y no de dominación. Pero mientras no llegemos a ello no podemos dejarnos absorber sin garantías formales y debemos conservar íntegra la personalidad de nuestro pueblo.”

“Que tengamos interés en protegernos...”, añadió, “...manteniendo con firmeza ciertas prerrogativas, no tiene nada de hiriente. La política no es sentimentalismo. La vuestra, no más que la nuestra. Como políticamente la suerte de nuestro pueblo aún no está resuelta, sólo podemos considerar una acción en equipo con las Waffen-SS si conservamos, en primer lugar, nuestro mando, condición indispensable, y, en segundo lugar, que nuestra lengua siga siendo la de nuestra unidad, porque la lengua es el elemento número uno de auto-defensa de cualquier pueblo.”

¿No quería usted la lengua alemana en su unidad?

“Ustedes...”, le dije a Himmler, “...han impuesto la lengua alemana a las unidades flamencas. Es un error, pues la lengua flamenca forma parte de la personalidad del pueblo flamenco. Para nosotros, que somos germanos de lengua francesa, nuestra característica es precisamente que somos de lengua francesa, y en esto no es posible transigir. Y digo incluso que llego a tal punto, que no permitiré por ahora a nadie el uso de la lengua alemana en nuestra unidad.

Después, ya se verá. Todos los europeos conocerán, sin duda, algún día el alemán, segunda lengua convertida en vínculo de unión general. Mientras tanto, nuestra propia lengua es una defensa. En la Europa que se está por construir debemos protegernos. Sin nuestra lengua quizá nos hundiríais.”

Prácticamente, ¿como esperaba usted meter una unidad que halaba francés en el dispositivo militar del III Reich, mandado en alemán?

Es un hecho que yo nunca admití oficiales alemanes en ningún puesto de mando en el seno de nuestras unidades valonas, ni siquiera en los puestos más modestos. Jamás tuvimos colaboradores alemanes, salvo en las funciones técnicas y servicios de enlace. Ni un solo alemán mandó nunca entre nosotros una simple compañía. E incluso esos alemanes que actuaron como especialistas siempre tuvieron que hablarme en francés y llamarme *Chef*. Sería de mí de quien recibirían ascensos y medallas cuando llegué a comandante jefe de división. Resultaba incluso algo raro: alemanes obteniendo galones y condecoraciones de su país solo si un valón se los concedía. Hasta ese punto llegó a aceptar Hitler la idea de la igualdad de todos en el seno de una Europa común.

No había ni remotamente nada de vanidad por nuestra parte en ese comportamiento: éramos excelentes camaradas de los militares alemanes que estaban de servicio con nosotros; pero quedaba bien claro que nuestra legión era en todo nuestro feudo, y en el mando teníamos que tener prerrogativas iguales a las de cualquier comandante jefe alemán.

A Himmler le expuse durante varias horas mi punto de vista, amablemente pero con firmeza. Yo siempre he dicho todo con firmeza, pues andar con cumplidos no sirve de

nada. Hay que explicar claramente y con franqueza lo que se piensa, y, de vez en cuando, con un guiño, una palabra amable o una broma que haga reír, apacigüen y resuelvan el asunto.

¿Cómo reaccionó Himmler?

Con calma. E incluso amablemente. A medida que la discusión proseguía yo iba obteniendo, etapa por etapa, tres concesiones capitales: tendríamos nuestro propio mando, conservaríamos nuestra lengua y seguiríamos con nuestras banderas nacionales. También la bandera era un símbolo para nosotros. Ceder en la bandera hubiese sido ceder moralmente en muchas otras cosas. Nosotros llevamos al frente ruso una bandera que se remontaba a lo más remoto de nuestra historia: el espléndido estandarte rojo y blanco de la Cruz de Borgoña - con los bastones nudosos de San Andrés - que nuestros grandes duques de Occidente, a partir de la Edad Media, habían hecho ondear desde Frisia y Zelanda al Artois y al Franco-Condado. Carlos el Temerario lo había blandido en sus combates trágicos contra Luis XI, en Suiza y en Alsacia. Nuestras banderas de Borgoña habían conducido a los pueblos de los Grandes Países Bajos durante siglos. Habían atravesado los Pirineos para ser adoptadas por la España de Carlos V. Habían surcado con ella los océanos para ondear en veinte países de América y Asia. Esa bandera, para nosotros, era sagrada.

Por otra parte, le habíamos puesto los colores - negro, amarillo y rojo - de la Bélgica castrada de 1830, eso que queríamos al menos salvar, y en la medida de todas nuestras fuerzas y de nuestros sueños, engrandecer y glorificar.

También conseguí esto.

Y luego le dije a Himmler: *“Evidentemente, conservaremos nuestro capellán.”*

Esto debió traumatizarle.

Desde luego, era chocante. Un capellán católico en las *Waffen-SS* jamás se hubiera imaginado.

“Escuche...”, le digo al Reichsführer, “...hemos tenido con nosotros en el frente a magníficos sacerdotes. Han sido nuestros compañeros y nuestro apoyo moral en medio de los peores combates. ¿Cómo podría pretender usted entonces, soldado y jefe, que pongamos en la calle a tan valiente compañero de lucha, justo cuando vamos a ingresar en las Waffen-SS?”

Ese argumento fue decisivo. Un soldado no podía echar a otro soldado. Había ganado la batalla de los curas.

Tampoco podíamos ceder en este punto. No es que yo fuera clerical. Todavía me dolían los chichones de los baculazos que me asestó en 1937 el primado de Bélgica. Pero nuestro pueblo era religioso y no quería sufrir presión alguna en ese aspecto. Convencí de tal modo a Himmler, que no sólo tuvimos nuestros sacerdotes, sino que, a continuación, otros sacerdotes fueron capellanes católicos en otras unidades de las *Waffen-SS*.

El más famoso de ellos fue el monseñor Mayol de Lupé, de la división francesa de las *Waffen-SS*, prelado a la vez truculento y cortés en extremo. Con la tez escarlata como la de un canónigo de Borgoña, y el rostro alegre y exuberante, hubiese decorado espléndidamente el *Libro de horas* de un primitivo flamenco. Recto sobre su montura, recorría incansable la estepa. Como Pedro el Ermitaño, estaba dispuesto a abrazar a los

infieles, pero también a romperles el cráneo a golpes de crucifijo si era preciso. Fue, en el frente del este el oficial más pintoresco de la *División Carlomagno*. Si hubiésemos ganado habría sido un magnífico cardenal de París. Muy distinto a los demócratas prelados de hoy, siempre dispuestos a arrimarse al sol que más calienta, y a abrazarse con el rabino de enfrente.

Nunca les pedí a nuestros capellanes valones que fueran rexistas. Al contrario, les decía: “*Que sean rexistas o no, importa poco; su trabajo está en las almas y no en las opiniones políticas, papeletas de voto o reivindicaciones sindicales. Sólo quiero en nuestras filas curas santos.*”

Fue así, con el acuerdo de Himmler, como la Santa Iglesia católica, apostólica y romana entró en 1943 en las aguas bautismales de las *Waffen-SS*.

¿Cómo terminó su entrevista nocturna?

El asunto de los curas era pan comido, como los demás. Nuestro debate duró algo así como siete u ocho horas. Había obtenido la conformidad de Hitler y de Himmler a todo lo que había reclamado durante semanas en Berlín y siempre se me negó. Y todo esto en presencia del mismo Berger, con la lengua pegada como si se hubiera tragado un bidón de goma. No movió las mandíbulas en toda la noche. Himmler, al acabar, estaba entusiasmado. Ordenó traer champán francés. Se brindó por la gloria de nuestra unidad. A las tres de la madrugada nos despedíamos.

Nos separamos, pero no para dormir. Al menos yo. En seguida voy al vagón-literas de las secretarías de Himmler. Las había muy guapas. Llamo a la puerta. Aparece una joven Gretchen desgreñada, muy rubia y en camisón: “*Señorita, por favor, vístase, que vamos a trabajar.*” De tres a siete de la mañana, ayudado por mi traductor, que tampoco se fue a dormir, dicté en francés y en alemán el texto completo de la entrevista.

¿Desconfiaba todavía?

Más vale gorrión en mano que diez águilas inaccesibles. Permanecí prudente. El tren había rodado durante el resto de la noche. A las siete y media se desayunaba. Saludo a Himmler y le presento mis folios: “*Creo, Reichsführer, que lo más sencillo, para que todo quede muy claro, es ver si lo que hablamos lo hemos comprendido exactamente de la misma manera. Con ese fin he pasado a limpio nuestra conversación.*”

“*¿No ha dormido usted?*”

“*La noche, querido Reichsführer, sirve también para trabajar. ¿Tiene usted la amabilidad de leer este texto? Es eso lo que convenimos?*”

Estaba nervioso. Soltó entre dientes un “*¡Sí, sí!*” No era, evidentemente, lo que con su habilidad había pensado. Pensaba quizá que luego esa conversación, y sobre todo sus promesas, se diluirían en la niebla de lo impreciso.

Se caló sus lentes y leyó mi texto, repitiendo sus “*Sí, sí, eso es. Está bien así.*”

“*En tal caso...*”, susurré entonces, “*...como he hecho mecanografiar el texto en doble ejemplar, lo más práctico es que lo rubriquemos y conservemos una copia cada uno. Así no habrá luego discusiones.*” Le entrego pues, engatusador, mi estilográfica. Él la acepta más bien gruñendo. ¡Zas! Y pone dos veces, con su pequeña letra de pata de mosca, la firma de “*Himmler, Himmler.*” Yo, en dos segundos, coloco dos grandes “*Léon Degrelle.*”

Tenía mi carta. Carta que utilizaría hasta el fin.

Así entramos en las *Waffen-SS* con unos derechos bien establecidos, por escrito y firmados por el propio Himmler, que nos garantizaba una posición de fuerza para siempre.

Más tarde, alguna vez, esta precaución se reveló como necesaria.

Recibí de Himmler, como suplemento, otros considerables favores. Nuestro reglamento se transformaría inmediatamente en una brigada motorizada de asalto. Íbamos así a convertirnos en una potente unidad de choque en el seno de las *Waffen-SS*. Obtuve también que nuestro comandante jefe, Lucien Lippert, número uno de la escuela militar belga, un táctico perfecto y un héroe espléndido, siguiera siendo nuestro jefe y ascendiera al grado inmediato superior, es decir, al de *SS-Sturmbannführer* de las SS.

Como medida de prudencia suplementaria, y dado que los teléfonos del tren especial permitían llamar a cualquiera y en cualquier sitio, durante la noche hablé por teléfono con Lucien Lippert. Le dije a media voz: *“Voy con Himmler. Esté en el andén de la estación de Meseritz. Llegaremos allí hacia las once de la mañana. Quiero presentarle personalmente al Reichsführer antes de que vaya a pasar revista a nuestros soldados.”*

Por otra parte, en el desayuno le dije a Himmler, como si fuese algo muy natural: *“Nuestro comandante jefe irá a la estación para esperarnos. ¿No sería más sencillo que comiésemos juntos en el tren? En seguida iremos al campamento. Así tendrá usted ocasión de ver a Lippert con calma y de juzgarle. Lippert es de Arlon, por tanto, de lengua alemana, y le agradecerá de verdad.”*

¿Y su pequeño plan funcionó?

A las once Lippert estaba en el andén, impecable, fuerte y rubio como un héroe germánico. Al finalizar el almuerzo hice que Himmler en persona le designase *SS-Sturmbannführer* y le confirmase como jefe de nuestra nueva brigada. Una vez solucionado y bien asegurado todo esto partimos hacia el campamento. Todos nuestros muchachos estaban magníficamente alineados. Nuestros oficiales resplandecían como espejos.

Pero yo quería tener el éxito final con nuestro capellán. No porque fuese cura, sino por tratarse de un asunto simbólico, ya que había obligado a Himmler a hacer lo que nunca hubiese querido hacer. Himmler pasaba, saludaba y estrechaba la mano ceremoniosamente a los oficiales uno tras otro. Al llegar ante un bonachón comandante, bastante grueso, se lo presenté con voz estentórea: *“¡El capellán católico de la SS-Sturmbrigade Valonia!”* Himmler le saludó con un resonante *“¡Señor cura!”* En el mismo momento, ¡clac!, dos disparos de un fotógrafo.

Himmler se vuelve aturdido. *“Pero, mi querido Degrelle, ¿para qué esas fotos?”*

Y yo le respondo, con la más amable de las sonrisas: *“¡Pues para L’Osservatore Romano. Reichsführer!”*

Estallido de risa general. Con buen humor había ganado también aquella pequeña batalla.

Y de sus proyectos políticos, ¿qué dijo Himmler?

Durante todas esas horas de conversación nocturna pude explicar cómodamente mis proyectos políticos al gran jefe supremo de las *Waffen-SS*. Tener a Himmler durante horas a un metro de mí me permitió hacerme una idea exacta del personaje. Todo lo que le expliqué sobre mi gran plan de Occidente, Himmler lo escuchó primero más bien con

sorpresa, luego con interés y finalmente dio su conformidad. Por otra parte, el mito borgoñón se remontaba a lo más profundo de las leyendas germánicas.

Mi plan no perjudicaba en nada a Francia. En aquel momento lo que contaba es que alguien del Occidente se instalase con solidez en esa palanca europea. Que fuese un gascón, uno de Turena, o como yo, un valón de sangre francesa, era exactamente lo mismo. Lo esencial era que alguien de Occidente alcanzase una posición de fuerza.

Esta posición política la alcancé hasta tal punto que Himmler llegó a dar su asentimiento por escrito, al estar de acuerdo en todo con lo que le expuse. Himmler - de acuerdo con Hitler - reconocía que, después de la guerra, se crearía un gran Estado llamado de Borgoña, que dispondría de su ejército propio, de sus finanzas, de su propia diplomacia e incluso de su moneda y servicios postales, y del que yo sería el primer canciller. Establecía incluso, en lo que yo no pensé nunca, que dispondríamos de un ancho pasillo hasta el Mediterráneo.

Ese texto no cayó en el vacío. Fue publicado. Uno de los antiguos ayudantes de Himmler, el Dr. Kersten, lo reveló en su libro *Yo fui confidente de Himmler*, en su contenido exacto, dos años después de las hostilidades. El *Fígaro* de París reprodujo el texto, en lo que me concierne, el 21 de mayo de 1947, en primera y tercera página, comentado por el embajador André Francois-Poncet, el primer especialista francés del III Reich. El *Fígaro* con esos textos de Himmler y Francois Poncet, incluyó además el mapa correspondiente.

“El mundo...”, declaraba Himmler, *“...verá el renacimiento de la vieja Borgoña, ese país que fue el centro de las ciencias y de las artes.”* Y precisaba: *“Será un Estado modelo, cuya forma será admirada y copiada por todos los países.”*

Francois Poncet analizó en el mismo *Fígaro* estas importantes precisiones referentes, como él dice, a ese *“Estado de Borgoña, mimado y erigido en Estado modelo.”*

El diplomático y académico concluye respecto a tales declaraciones: *“Son de una autenticidad cierta.”*

Es auténtico también el pronóstico de Himmler aportado por Kersten: *“Creo que Degrelle, el jefe de los rexistas belgas, será el primer canciller de Borgoña.”*

¿Y qué significaba Francia en todo esto?

Añadiré con toda honestidad que esa lucha para reconstituir el viejo baluarte borgoñón fue ante todo, por mi parte, una manifestación de fuerza. Había suministrado la prueba de que podía hacer que los alemanes aceptasen un plan que cambiaba totalmente sus antiguos proyectos o prejuicios. Más allá, y por encima de la Borgoña, que era una etapa ante todo moral de mi ofensiva, yo quería que se enderezara todo el Occidente, restablecido en su unidad, su poderío y su personalidad milenaria.

No se trataba de disminuir a Francia, sino de salir, todos juntos, del atolladero de 1940 y de llegar, arrimando el hombro unos y otros, a un mayor esplendor. Desde Marsella a Amberes, desde Sevilla a Nimega, de mejor o peor gana, todos debíamos solidarizarnos. Sólo contaríamos en el seno de una Europa unida si nos volvíamos a convertir en un todo. La decisión de Hitler y de Himmler de admitir mi plan borgoñón era el pedestal sobre el cual podría levantarse de nuevo la magnífica estatua del Occidente, entero y renovado, y duro como un mármol romano.

Sin esa resurrección plena, franceses o no, sólo hubiésemos sido unos desperdigados subordinados a merced de las decisiones de un gigante dominador.

Para nosotros, borgoñones quería decir: occidentales abriendo la primera brecha.

Y yo hacía de pico abriendo el paso.

“Como políticamente la suerte de nuestro pueblo aún no está resuelta, sólo podemos considerar una acción en equipo con las Waffen-SS si conservamos, en primer lugar, nuestro mando, condición indispensable, y, en segundo lugar, que nuestra lengua siga siendo la de nuestra unidad, porque la lengua es el elemento número uno de auto-defensa de cualquier pueblo.”

(Léon Degrelle)

